

Querido hijo: te vas con los abuelos

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Javier Olivares

loquelego

Pero... ¿qué?

Iba a ser el verano de su vida.

El mejor de los mejores.

¡La de planes que había hecho!

Playa, montaña, leer, jugar, hacer esto, aquello, lo otro, lo de más allá...

Sí, vale, lo recordaba: el año pasado también tenía muchos planes y luego el verano, como por arte de magia, había volado así, en plan huracán desaforado, igual que quien chasquea los dedos y... ¡adiós!

Pero eso había sido el verano pasado.

Entonces aún era MUY niño.

Ahora no. Cumplía doce años. Eso significaba que era más listo. Esta vez racionalizaría el tiempo, lo mediría, lo distribuiría. Nada de

dejarse llevar. Nada de “bueno, no pasa nada” o “esto ya lo haré mañana”. Sí que pasaba. Y mañana siempre surgía algo nuevo.

El mejor verano de su vida tenía que serlo por todo.

¡Nunca más volvería a tener doce años!

6 Lucas se las prometía más que felices: felicísimas.

Y entonces, de pronto...

—Lucas, vamos a tener que cambiar los planes del verano.

Miró a su madre.

Era arquitecta. Un cerebritito. Su padre también, porque escribía guiones, pero su madre...

—¿Cómo que vamos a tener que cambiar los planes?

—Pues sí, mira. ¿Recuerdas que te hablé de construir un centro cultural?

—Sí.

—Nos lo han concedido.

—Ah.

—Eso significa que tendré que estar desde el 15 de julio al 15 de agosto en el lugar, para los trabajos previos, discutir planos, ver la logística...

—Vale, ya veo que me quedaré con papá.

El padre de Lucas trabajaba en casa.

Una maravilla.

—Me temo que no —le dijo su madre.

—¿Que... no?

7

—No, papá se vendrá conmigo. Tiene que escribir el guion de varios capítulos de la serie de la tele en la que colabora, y le irá bien desconectar. Si se queda aquí, contigo, no estará concentrado y no podrá trabajar.

Ella se iba y él con ella.

—¿Y entonces qué haré yo? —preguntó Lucas.

Ya se imaginaba solo en casa.

Pero no, claro. ¿Cómo iban a dejarlo solo?

¡Menudos eran!

—Tú te irás con los abuelos.

Un sudor frío empapó a Lucas. Se estremeció. La mente se le puso en blanco. El estómago se le encogió tanto que se convirtió en una

especie de puño con vida propia y potencia suficiente para machacarlo por dentro.

Fue tal, y tal su horror, que apenas si pudo articular palabra.

—¿Có... mo que... me... voy... con los a... a... abuelos?

8 —Bueno, es lo lógico, ¿no? —Su madre parecía que hablaba de algo de lo más normal y corriente—. En primer lugar, los ves poco, así que te irá bien pasar una temporada con ellos. En segundo lugar, estarán felices y encantados de tenerte un mes en su casa. Y en tercer lugar... —No encontró más argumentos y no supo qué agregar—. En fin, pues eso.

Lucas logró reaccionar.

—Mamá, no.

—¿Cómo que no?

—¡Son MIS vacaciones! ¡Es MI verano!

—Bueno, pues lo pasas en el pueblo. ¿Qué más da un lugar que otro?

Hablaba en serio.

¿Qué más daba un lugar que otro?

—¿Pretendes que esté un mes en un pueblo de montaña, con frío de noche, calor que te asas de día y... en casa de los abuelos?

—Hay piscina.

—¡Llena de gente, para que te toque un poco de agua has de hacer cola dos horas antes!

—¡Qué exagerado eres!

—¿Y el piano? —Le pareció un argumento irrefutable—. No querréis que esté un mes sin practicar. ¡Siempre decís que hay que ensayar cada día!

—El año pasado, en vacaciones, pasó lo mismo: estuviste un mes sin tocarlo.

Era grave. Ni lo del piano la ablandaba.

Solo quedaba la tecla emocional.

—¿No puedo ir con vosotros?

—Estaré trabajando y tu padre también. El lugar es un páramo. No hay nada. Allí sí que te aburrirías. —Su madre empezó a hartarse de la discusión. Era una mujer práctica—. ¿Se puede saber por qué no quieres ir a casa de los abuelos?

—¿Lo preguntas en serio?



—¡Pero si te quieren con locura!

—¡Y yo a ellos! ¡Pero vivir un mes en su casa...!

—¿Lo dices porque no tienen televisión por cable ni internet ni...?

—¡Lo digo por todo! ¡Son unos toscos!

—¡Lucas, no digas eso! —se disgustó—. ¡Son mis padres!

11

—¡Serán lo que sean, pero...!

—¿Pero qué?

—¡Son de pueblo!

—¡Míralo, el urbanita!

—¡El abuelo lleva siempre unas enormes boinas y la abuela no se deshace el moño ni para dormir, visten como si vivieran en el siglo pasado, son anticuados, son...!

Tenía tantos argumentos, TANTOS, que se le apelotonaron en la cabeza.

—Tenías que haberlos visto de jóvenes, o cuando yo era niña —suspiró ella.

—Sí, ya me has contado muchas veces que eran hippies, llevaban el pelo largo, les gustaba

el rock y no sé cuántas historias más. ¡Pero fue hace mil años! ¡Ahora son..., son... un residuo!

—Venga, va, no digas más tonterías. Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta discusión. Has de ir con ellos y punto. ¿Te crees que me gusta estar un mes sin verte? ¡No tengo más remedio! ¿Y qué te apuestas a que luego me dirás que te lo has pasado en grande?

12

—¿Hablas en serio? ¿En grande?

—¡Sí, en grande, y se acabó! ¡Hasta el 15 de julio iremos a la playa y estarás con tus amigos y lo que quieras, pero después no hay más remedio! ¡Si no te gusta, te aguantas! ¡Y te repito que lo siento!

Lo sentía.

¡Ja!

Era una derrota en toda regla.

Lucas se fue a su habitación convencido de que el mundo era un lugar horrible y la vida algo muy injusto.

Eso, además de estar seguro de que tenía la peor de las suertes.